



EVANGELIZACIÓN NUEVA EN UN MUNDO NUEVO

Paulino Sahelices, OSA

CÁNTICO DEL EVANGELIZADOR

Que toda la tierra cante un cántico nuevo:
que la nueva casa del Señor se edifique cantando,
pues el mismo cantar es ya edificar.

Que este cántico nuevo sea el amor de Dios
y que este amor resuene en los oídos de los hombres,
pues no es posible amar y callar.

La casa de Dios es toda la tierra y se edifica
con el canto, la lectura de su palabra,
el amor y la predicación del evangelio.

Dios nos dice:
predicad día tras día,
edificad mes tras mes;
que se multipliquen los obreros
y que anuncien mi gloria a todas las naciones.

Los que anuncian su propia gloria
no cantan el cántico nuevo
ni edifican la casa de Dios:
son los que construyen murallas
en lugar de casas,
dividen a los hombres
en lugar de unirlos,
fomentan la hipocresía y la simulación
en lugar de la unidad y el amor.

La casa del Señor se construye
construyéndonos nosotros,
como lo hizo el Señor Jesús,
que lo hizo todo por amor.

Revístete de Cristo,
déjate guiar por el amor de Dios;
podrás entonces cantar el cántico nuevo
y ser obrero en la casa del Señor.

(Comentarios a los Salmos 95)

TESTIGOS Y MAESTROS

Aunque el título de esta colección sea Cuadernos de espiritualidad, es necesario recordar el tema de la evangelización. No hay que olvidar que san Agustín, "De 391 a 426, fue un pastor de almas de cuerpo entero, a pesar de la vida conventual que llevaba con su clero, a pesar de la solicitud por las Iglesias de toda África que su metropolitano cargaba sobre él, a pesar de su fama literaria, en constante crecimiento" Van der Meer, F., San Agustín, pastor de almas, Ed. Herder, Barcelona 1965, p.16).

Sobre la evangelización se ha escrito mucho en los últimos años. Lo publicado abarca propiamente todos los apartados y aplicaciones posibles. Pero ¿qué decir de la vivencia? Pues que es una de las cosas que más se exigen al evangelizador. Hoy la gente mira más a la conversión y al testimonio; dos de los rasgos más sobresalientes en la vida de Jesús, el primero y el más grande evangelizador.

Pablo VI lo recordaba en su exhortación apostólica El anuncio del evangelio (EN). Escribe, entre otras cosas: "El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio" (n. 41). Y en el número siguiente dice que el hombre moderno está "hastiado de discursos".

Es lo que san Agustín había observado en los oyentes de su tiempo. Según él, la lectura del evangelio pide ejecutores más que expositores (Sermón 85, 1). Ésta podría ser una de las primeras novedades agustinianas en el tema de la evangelización: la insistencia en la práctica o la coherencia entre mensaje y vida.

El objetivo de este cuaderno es triple: recordar al evangelizador la necesidad de actualizarse, pues una sana espiritualidad supone una sana teología y una sana antropología; invitarle a un sincero examen, ya que sin conocerse a sí mismo y la realidad en que viven aquellos a quienes intenta evangelizar, difícilmente la semilla podrá dar fruto; y animarle en su misión. Como el tiempo actual se caracteriza por el tedio y el desánimo, vamos a dar prioridad a este objetivo señalado en tercer lugar



I NECESIDAD DE ANIMARNOS

EN nuestro mundo abundan los problemas. Quizá el más profundo, desde la espiritualidad agustiniana, sea el pretender organizar la vida sin contar con Dios. De éste nacerían el racionalismo, materialismo, consumismo y otros más. Juan Pablo II dice que es necesario "mirar cara a cara este nuestro mundo" porque en él existen "problemas y dificultades más graves respecto a aquel que describía el concilio Vaticano II" (Los fieles laicos 3). En concreto, señala la indiferencia religiosa, el secularismo, las violaciones a la persona humana, la conflictividad que, en ocasiones, se traduce en formas de violencia, de terrorismo y de guerra (ib. 3-6). En la carta apostólica Ante el tercer milenio completa el cuadro.

Éste es el campo, "inmenso y apesadumbrado", en que el evangelizador trata de cumplir su misión. No es, pues, de extrañar que, en ocasiones, sienta "cansancio", "desilusión" y "desesperanza", ya que esos problemas "afectan profundamente a la Iglesia". Sin embargo, no debe desanimarse, porque no está dominada por ellos, ya que "el Espíritu Santo, que es su alma, la sostiene en su misión". Por eso, y "a pesar de todo, la humanidad puede esperar, debe esperar. El evangelio vivo y personal, Jesucristo mismo, es la "noticia" nueva y portadora de alegría que la Iglesia testimonia y anuncia cada día a todos los hombres" (Los fieles laicos 7).

"**No tengáis miedo**" es la consigna alentadora que Jesús da a sus discípulos. La repitió el Papa Juan Pablo II en su primera homilía. Y ha venido siendo un lema de su pontificado. Es una buena consigna para animarnos mutuamente.

Propongo la lectura pausada de Mateo 6, 25-34. Puede sosegar el ánimo del evangelizador más desalentado.

"No estéis agobiados por la vida pensando qué vais a comer, ni por el cuerpo pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad a los pájaros: ni siembran, ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos? ¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida?"

¿Por qué os agobiáis por el vestido? Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe? No andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los paganos se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso.

Sobre todo buscad el Reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura. Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos" Mateo 6, 25-34).

Este bello pasaje evangélico puede proporcionar al evangelizador un aire fresco. Por eso, y porque contiene algunas verdades fundamentales, aconsejo que lo leamos con frecuencia. Por ejemplo: el valor y dignidad de la persona humana (de todas, incluyendo también el cuerpo), la fe en Dios que es Padre (su preocupación y amor por sus hijos), la confianza en la divina providencia (en la cual entra el esfuerzo humano), la contemplación y el respeto de la naturaleza (lo mucho que se puede aprender de ella), lo relativo y pasajero de las cosas de este mundo, la búsqueda primordial del Reino de Dios y su justicia, etc.

Además, es importante por las muchas preguntas que nos hace. En espiritualidad es una de las cosas que más necesitamos hoy día. Porque de doctrina, aunque no andemos sobrados, tampoco estamos mal. Pero ¿de vivencia? Y en la vida espiritual, ¿de qué nos serviría la cultura religiosa si faltara la experiencia religiosa? san Agustín era un maestro en hacerse preguntas; pero también en la búsqueda y en la aplicación a sí mismo de las respuestas. Ésta sería otra de las novedades agustinianas. Si queremos llevar a cabo una verdadera evangelización, tenemos que comenzar haciendo un examen serio y profundo, como lo hace él en sus Confesiones.

PARA EL DIÁLOGO

Preguntas tomadas de la exhortación ya citada de Pablo VI (n. 76).

- ¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis?
- ¿Vivís lo que creéis?
- ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís?

II NECESIDAD DE EXAMINARNOS

DENTRO de este prólogo agustiniano, me gustaría recordar una parte de la carta apostólica *Ante el tercer milenio* (nn. 31-36). Se trata de algo que hoy día nos cuesta hacer, pero que en la evangelización del mundo actual no se puede pasar por alto. Me refiero al "examen de conciencia" en sus tres apartados: el pasado (los acontecimientos dejan huella, como ya observaba san Agustín); el presente (el tiempo que nos ha tocado vivir), y la doctrina del Vaticano II (que es la que debemos enseñar en este nuevo siglo). Enumero algunas preguntas, por si alguno de los que utilizan el material de este cuaderno no las hubiera leído:

- ¿Admitimos los "errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes?" (n. 33)
- ¿Reconocemos los "pecados" cometidos contra la unidad de la Iglesia? (n. 34)
- ¿Nos damos por aludidos cuando se habla de "métodos de intolerancia e incluso de violencia" en el servicio a la verdad? (n. 35)



- ¿Qué estamos haciendo ante la "indiferencia religiosa" de los muchos que viven "como si Dios no existiera o se conforman con una religión vaga?" (n. 36)
- "¿En qué medida los cristianos estamos afectados por la atmósfera de secularización y relativismo ético?" (n. 36)
- "La vida espiritual atraviesa en muchos cristianos un momento de incertidumbre que afecta no sólo a la vida moral, sino incluso a la oración y a la misma rectitud teológica de la fe" (n. 36). ¿Estamos nosotros entre esos cristianos?
- ¿Nos sentimos corresponsables en alguna de las "graves formas de injusticia y de marginación social"? (n. 36).

Es necesario que el evangelizador responda a preguntas como éstas, porque la verdadera evangelización no se hace al margen de la historia ni de la realidad. Sin el conocimiento del mundo nuevo en que vivimos, y de las personas a quienes tratamos de anunciar la "Buena Nueva", nuestro trabajo no producirá muchos frutos. Es otro de los aspectos en que insistía san Agustín: la necesidad de conocer la realidad. Lo sabía muy bien porque, en su tiempo, estaba en auge la formación de una nueva sociedad. Por eso, podíamos considerarlo como otra novedad agustiniana.

Tampoco podríamos cumplir bien nuestra misión si desconociéramos el contenido "actualizado" del mensaje. La exposición más apropiada al mundo actual es la que nos ofrece el Vaticano II. Pablo VI consideraba dicho concilio como "el gran catecismo de los tiempos modernos" (Catecismo de la Iglesia Católica 10). Por eso, está más que justificada la segunda parte del examen que Juan Pablo II propone en su carta Ante el tercer milenio. Lo resume en cuatro preguntas, que corresponden a las cuatro Constituciones del concilio:

- ¿En qué medida la palabra de Dios ha llegado a ser plenamente el alma de la teología y la inspiradora de toda la existencia cristiana como pedía la Constitución sobre la divina revelación?" (n. 36)
- "¿Se vive la liturgia como "fuente y culmen" de la vida eclesial, según las enseñanzas de la Constitución sobre la sagrada liturgia?" (n. 36)
- "¿Se consolido, en la Iglesia universal y en las Iglesias particulares, la eclesiología de comunión, de la Constitución sobre la Iglesia, dando espacio a los carismas, los ministerios, las varias formas de participación del pueblo de Dios?" (n. 36)

La última pregunta es calificada de "interrogante fundamental". Se refiere al "estilo de las relaciones entre la Iglesia y el mundo, según la Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual" (n. 36). En este apartado, el Vaticano II marca "una época nueva en la vida de la Iglesia" porque contiene una "enorme riqueza", presentada en un "tono nuevo, desconocido antes" (nn. 18, 20 y 21). Según Yves Congar, el concilio Vaticano I empleó la palabra "evangelio" sólo una vez; en el Vaticano

II, las palabras "evangelio" y "evangelizad suman 188 veces. ¡Y pensar que hay tantos evangelizadores que siguen actuando como si el Vaticano II no hubiera existido!

PARA EL DIÁLOGO EN GRUPO

- ¿Por qué, en la evangelización, es necesario conocer el pasado?
- ¿Cuál es la dificultad más grande que encuentras en la actualidad?
- ¿Qué trascendencia ha tenido en la Iglesia el Vaticano II?

III LA "NUEVA EVANGELIZACIÓN"

TODO aquel que conozca y que viva de verdad la palabra de Dios se verá "obligado" a comunicarla a los demás. El mismo vivir es ya anunciar. Sin decir nada, sin pronunciar palabra, podemos ser evangelizadores. ¡Tanta es la fuerza de la vivencia!

Con el fin de facilitar la reflexión, seguimos los siguientes apartados:

1. QUÉ ES EVANGELIZAR

Literalmente significa "proclamar una buena noticia". Y evangelio, la buena noticia que se proclama o comunica. En el Nuevo Testamento no aparece el término "evangelización"; sólo el verbo "evangelizar" y el sustantivo "evangelio". Éstos se encuentran sobre todo en los escritos de san Lucas y de san Pablo.

La evangelización comporta, según Pablo VI, "una realidad tan rica, compleja y dinámica", que no es posible dar una definición exhaustiva. El pensamiento agustiniano camina en esta misma dirección. Definir conceptos religiosos (la fe, el amor, Dios...) generalmente es reducir y limitar. La realidad nos invita a contemplar un horizonte mucho más amplio. Un ejemplo lo tenemos en la palabra "sacramento", cuyo contenido es tan rico en los santos Padres y tan pobre en la Escolástica. Y todavía más pobre en los antiguos catecismos. Por esta razón, y también por falta de espacio, no me detengo en las diferencias que hay entre evangelización, pastoral, misión, catequesis, predicación, etc. Considero que lo mejor es acudir a la fuente principal: la palabra de Dios.

Según el Nuevo Testamento, evangelizar es:

- anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios (Lucas 4, 43)
- dar a conocer a Cristo, "misterio escondido" de Dios (Colosenses 1, 26)
- "hablar de Cristo" (Lucas 2,38; Romanos 10, 17)
- predicar a Cristo (Hechos 8, 5); predicar el evangelio de Jesús (ib. 8 35)
- distribuir la palabra de la verdad (2 Timoteo 2, 15)



El vocabulario que utiliza es muy variado: evangelizar, pastorear, proclamar, anunciar, predicar, enseñar, hacer discípulos, ser testigos, etc. Por el contexto, es fácil deducir que no se queda en la palabra, sino que incluye el testimonio (vivir lo que se anuncia) y la actuación (anunciar lo que se vive).

Según san Agustín, evangelizar es:

- anunciar a Cristo (Sermón 99, 11)
- anunciar la salvación (Sermón 163, 5)
- comentando el pasaje de la samaritana, dice que evangelizar equivale a anunciar o comunicar lo que Cristo hizo en ella (conversión y testimonio). Y añade: aprendan los que deseen evangelizar (Tratados sobre el Evangelio de san Juan 15, 30)
- habla de "traficantes del evangelio", porque algunos no dan gratis lo que recibieron gratis (Comentarios a los Salmos 103, 3, 13). También que no debemos evangelizar para comer, sino comer para evangelizar; pues si evangelizamos para comer, el aumento valdría más que el evangelio. Hay que evangelizar por amor, no por necesidad (El Sermón de la Montaña 2, 16, 54). El evangelio no es un libro, sino la buena nueva" (Sermón 133, 6).

Pablo VI afirma que "no hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios" (El anuncio del evangelio 22). Y la define del modo siguiente: "La evangelización es un proceso complejo, con elementos variados: renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos; iniciativas de apostolado" (ib. 24).

2. EVANGELIZAR. MISIÓN DE JESÚS Y DE LA IGLESIA

Evangelizar es la palabra que resume toda la actividad pública de Jesús: "*Principio del evangelio de Jesucristo...*" (Marcos 1, 1). Y también el contenido o mensaje de su predicación: "*Cuando arrestaron a Juan, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el evangelio de Dios; decía: se ha cumplido el plazo, el Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en el evangelio*" (Marcos 1, 15). "Debo anunciar también en otras ciudades el evangelio del Reino de Dios, porque para esto he sido enviado" (Lucas 4, 43).

La Iglesia continúa la obra de Jesús. Por eso, "evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia" (El anuncio del evangelio 14). Y más adelante: "La Iglesia nace de la acción evangelizadora de Jesús y de los Doce" (ib. 15). Fue la misión que el Maestro encomendó a sus discípulos: "Id y proclamad que el Reino de Dios está cerca" (Mateo 10, 7; Lucas 10, 9). Y a todos sus seguidores: "En la misión de la Iglesia... a nadie le es lícito permanecer ocioso... No hay lugar para el ocio: tanto es el trabajo que a todos espera en la viña del Señor" (Los fieles laicos 3).

Este es uno de los ejes principales, sino el principal, de la doctrina pastoral agustiniana: la unión inseparable entre Cristo, la Iglesia y el evangelizador. Las afirmaciones son claras: "Cristo se predica ("evangeliza") a sí mismo; ya hable la Cabeza, ya hablen los miembros, Cristo es el que habla" (Comentarios a los Salmos 74, 4). Por eso, el evangelizador debe mirar continuamente a Cristo, porque es el Modelo en todo; debe ser el hombre, o la mujer, del amor, como lo fue Cristo. Y la Iglesia debe comenzar por ser evangelizada: "Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma... siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el evangelio" (El anuncio del evangelio 16).

3. POR QUÉ SE LLAMA "NUEVA"

Las palabras "evangelio", "evangelización" y "evangelizar" comenzaron a recobrar fuerza en América Latina, a mediados del siglo pasado. Fueron los obispos del "nuevo" continente los que trajeron esa preocupación al concilio Vaticano II y, con más insistencia, al sínodo convocado por Pablo VI y celebrado en el año 1974. El Papa recogió la iniciativa y añadiendo sus reflexiones personales sobre el tema, publicó al año siguiente la exhortación apostólica El anuncio del evangelio, uno de los documentos más importantes de los publicados después del Vaticano II. Su lectura es casi imprescindible si se quiere llevar a cabo una auténtica evangelización.

Juan Pablo II recogió el hilo y comenzó a hablar de una "nueva evangelización". Primero, para América Latina, con motivo del Quinto Centenario de la evangelización de América. Luego, para Europa, con motivo de la nueva Europa que se está formando. Y finalmente, para toda la Iglesia, en la exhortación apostólica Los fieles laicos, publicada en 1988. En este documento el Papa dice que "la Iglesia advierte y vive la actual urgencia de una nueva evangelización" (ib. 35).

La "nueva evangelización" es tan importante para el Papa que algunos autores han escrito, y con razón, que no es una tarea de la Iglesia, sino la tarea de la Iglesia. Otros, que es "el primer plan de pastoral orgánica de toda la Iglesia". Y otros, que es "la consigna central del Papa para los próximos años". Por eso, hablar hoy de evangelización es hablar de "nueva evangelización". ¿Por qué? Por dos razones principales.

La primera se refiere a la realidad. Juan XXIII, al convocar el concilio Vaticano II, había hablado de "un orden nuevo que se está gestando". El mismo concilio, al describir la sociedad contemporánea (GS 4-10), presenta una nueva situación del hombre y del mundo: según este documento, estamos viviendo una "nueva etapa". Juan Pablo II afirma que aquella realidad ha cambiado en los últimos años. En consecuencia, debemos hablar también de un nuevo modelo de Iglesia, comunidad, parroquia, etc., si queremos no quedar rezagados. El Vaticano II introdujo muchas novedades y habló de renovación a todos los niveles de la Iglesia y de la sociedad. El terreno, pues, estaba preparado. Precisamente, una de las expresiones que mejor re-



sumen el contenido y la dirección a seguir hoy día es "nueva evangelización".

La segunda está relacionada con el anuncio del mensaje. ¿Por qué se llama "nueva" si la evangelización en su contenido no cambia? Las respuestas forman un auténtico abanico. Para unos, es un adjetivo innecesario, ya que toda evangelización, si es auténtica, es de por sí nueva. Para otros, sin embargo, es lo que habría que acentuar, pues haría referencia a otras evangelizaciones, pertenecientes a épocas pasadas.

Aquí me parece suficiente la explicación de Juan Pablo II, que habla de nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión". Lo primero se refiere al entusiasmo, lo segundo a la metodología y lo tercero al lenguaje.

4. QUÉ ES LA "NUEVA EVANGELIZACIÓN"

Son muchos los documentos de Juan Pablo II en los que hace alusión a la nueva evangelización. Una prueba de su importancia.

- "Una grande, comprometedora y magnífica empresa ha sido confiada a la Iglesia: la de una nueva evangelización, de la que el mundo actual tiene una gran necesidad" (Los fieles laicos 64). "Esta nueva evangelización... está destinada a la formación de comunidades eclesiales maduras" (ib. 34)
- "El momento que estamos viviendo es más bien el de un formidable desafío a la nueva evangelización" (El esplendor de la verdad 106). "La evangelización -y por tanto la "nueva evangelización" - comporta también el anuncio y la propuesta moral" (ib. 107)
- "La evangelización es un acto profundamente eclesial, que exige la cooperación de todos los operarios del evangelio, cada uno según su propio carisma y ministerio". (El evangelio de la vida 78). "Jesús es el único evangelio: no tenemos otra cosa que decir y testimoniar" (ib. 80)
- "La nueva evangelización, como la de siempre, será eficaz si sabe proclamar desde los tejados lo que ha vivido en la intimidad con el Señor" (La vida consagrada 81).
- "He repetido muchas veces en estos años la "llamada" a la nueva evangelización. La reitero ahora sobre todo para indicar que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés" (El nuevo milenio 40).

De estos textos seleccionados se pueden sacar muchas conclusiones. La primera, que la "nueva evangelización" es ante todo un "espíritu" y un "ideal". Sin el espíritu todo lo demás se quedaría en normas o en piezas; como un buen coche o un buen motor, pero sin gasolina, sin fuerza. Naturalmente, tampoco se puede olvidar que un "espíritu" necesita un "cuerpo". En la evangelización no se trabaja solamente con "ideales", sino también con proyectos. Pero el espíritu es lo que nos impulsa, nos anima y hasta nos obliga a hacer

proyectos. La necesidad de programar es uno de los apartados sobresalientes de la carta apostólica El nuevo milenio (nn. 29 y 42). También nos impulsa a revisar las estructuras y actuaciones, a adquirir nuevas actitudes y a vivir en una situación de continua conversión.

En concreto, la "nueva evangelización" nos invita:

- a mirar al evangelio
- a leerlo y meditarlo más
- a entenderlo como "Buena Noticia"
- a descubrir en él a Jesús, que viene a anunciar el Reino de Dios
- que el centro del Reino es tener a Dios como Padre y vivir todos como hermanos
- que el Reino se encarna en Jesús, una persona más que una doctrina
- que lo central en la vida de Jesús, es, como escribe san Pablo, su pasión, muerte y resurrección: "Esto es lo que predicamos" (1 Corintios 15, 11). Jesús ha resucitado; nosotros resucitaremos también. ¿Hay noticia mejor que podamos anunciar? Jesús es el centro, el foco de luz que ilumina la vida del evangelizador. Por eso mirar al evangelio significa también, mirar al hombre. En el evangelio no sólo encontramos a Jesús, sino también a nosotros mismos.

Descubrimos:

- cómo somos y cómo debemos ser
- la dignidad de la persona humana
- la igualdad y respeto a los demás
- el amor como norma principal de la vida, etc.

Y mirar al evangelio y al hombre, significa también mirar al mundo:

- conocer la realidad es necesario para asimilar la palabra de Dios
- conocer las ciencias humanas como ayuda (sicología, sociología...)
- conocer unos mínimos de pedagogía y metodología. Hoy no es aconsejable hacer el trabajo "a la buena de Dios". Tampoco creer en fórmulas mágicas
- cuidar el lenguaje. En la Biblia abundan los signos, símbolos, comparaciones, y sobre todo la vida. Hay que explicarlas, "actualizarlas".

5. JESÚS, EL MODELO

El que desee saber lo que es evangelización, sólo tiene que leer el capítulo 10 del evangelio de san Juan.

Y el que quiera saber cómo evangelizar, que lea los pasajes de Nicodemo, la Samaritana, los dos de Emaús, las parábolas del hijo pródigo y del buen samaritano. Son verdaderos modelos de evangelización, predicación, catequesis. etc., en todos los sentidos: anuncio del mensaje, lenguaje, pedagogía, etc. Pero



en el evangelio descubrimos también a Jesús evangelizando no sólo con la palabra, predicando. Lo hacía también con:

- sus gestos (haciendo signos en el suelo)
- su silencio (ante Herodes y Pilato)
- su mirada (el "sermón" a Pedro)
- sus lágrimas (ante la tumba de Lázaro)
- sus acciones (lavando los pies a los apóstoles, abrazando a los niños)
- su descanso (venid a un lugar tranquilo a descansar)

Y una observación importante: Jesús no es solamente el modelo. Es también el agente principal (la escena de la pesca milagrosa). Uno de los peligros más grandes y de consecuencias graves es que al hablar de pastoral (de las ovejas) nos olvidemos del Pastor. Sin él, como insiste san Agustín, no podemos hacer nada.

6. LA INCULTURACIÓN Y LOS LAICOS

Estos dos temas merecen un trato especial. Son dos de los apartados en que más se detienen los estudiosos al hablar de la "nueva evangelización".

La *cultura* abarca toda la vida de cada persona y de cada pueblo. La "nueva evangelización" trata de llegar a ella, a sus valores más profundos y, si fuera necesario, renovarlos. Lo decía ya san Agustín. "el evangelio trata de penetrar hasta el fondo del alma y busca el quicio del corazón" (Sermón 301A, 1). Y Pablo escribe: "El evangelio y, por consiguiente, la evangelización no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el Reino que anuncia el evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del Reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna. La ruptura entre evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo" (El anuncio del evangelio 20).

La evangelización, pues, implica un diálogo entre fe y cultura. El problema está en averiguar hasta dónde llega una y otra. El modelo de toda inculturación es la Encarnación, pero en la práctica no es fácil saber dónde se encuentran los límites (cfr. La vida consagrada 79, 80 y 89; Los fieles laicos 44).

Dentro de este tema hay otros que el evangelizador no debe olvidar: la evangelización en la ciudad, la influencia de la política, la sociedad de la imagen en que vivimos, etc.

El apartado de los laicos es uno de los más importantes de la "nueva evangelización". Habría que comenzar por admitir que la Iglesia se había clericalizado demasiado. El clero y los religiosos habíamos "acaparado" muchas de sus funciones. Esto se debía a una mentalidad que comenzó a formarse hace muchos siglos y que llegó a un modelo piramidal de Iglesia.

El mirar al evangelio y a los cristianos de los primeros siglos nos ha dado como resultado el Vaticano II, con un modelo nuevo de Iglesia que parte del bautismo, el cual nos hace a todos iguales, aunque con distintos servicios y funciones. Los pastores tienen la misión de "unir, construir e incrementar el pueblo de Dios con el poder de enseñar; santificar y pastorear". Los religiosos "contribuyen a la misión salvífica de la Iglesia siendo testigos del Absoluto... y preanuncio de la vida futura". Y los laicos "edifican la Iglesia desde su carácter secular...son levadura que transforma el mundo desde dentro del mundo, son sal y luz allí donde sólo ellos pueden serlo".

La participación de los laicos ha aumentado considerablemente, pero todavía "hacen falta evangelizadores" (Los fieles laicos 35). Difícilmente la "nueva evangelización" se podrá llevar a cabo sin ellos; especialmente sin la mujer (La vida consagrada 57). Ellas deben ocupar un puesto especial, como lo hicieron al principio. San Agustín hace la observación de que ellas evangelizaron a los discípulos, "anunciaron a los mismos anunciadores quién era Jesús" (Sermón 236A, 4).

La Iglesia es comunión y participación. Y lo que se nos pide a todos es trabajar unidos. El modelo que se suele proponer (también el Vaticano II) es el de san Agustín: "con vosotros soy cristiano, para vosotros obispo" (Sermón 340, 1)

- con vosotros soy cristiano: todos participamos en la construcción de la Iglesia; todos somos "fieles", discípulos, hermanos, testigos;
- para vosotros soy obispo: preocupación por los demás, servicio a los demás. La finalidad de los ministerios es servir;
- aplicaciones: dignidad de las personas, respetar a todos, necesidad de escuchar, compartir, admitir las limitaciones, la autoridad es servicio, importancia del testimonio, etc.

Es el mismo significado de la palabra "condiscípulos", que tanto le gustaba repetir al obispo de Hipona: somos condiscípulos, es decir, todos estamos en la misma escuela, con un solo maestro: Cristo. Lo resume en una frase lapidaria y dinámica: todos unidos, alrededor de Cristo, caminando hacia el Padre" (Comentarios a los Salmos 147, 28). Es una sencilla definición de Iglesia, parroquia, comunidad y movimientos cristianos.

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Hasta qué punto los cristianos somos responsables de la descristianización actual?
- ¿Estamos preparados para llevar a cabo la "nueva evangelización"?
- ¿Nos creemos suficiente mente evangelizados para evangelizar?
- ¿Estamos fomentando la cooperación de los laicos por la escasez de sacerdotes y religiosos o porque tienen derecho a participar?



IV RASGOS AGUSTINIANOS

CASI todos los rasgos agustinianos que he mencionado se encuentran en los documentos de la Iglesia que he citado. Y se encuentran como apoyo o testimonio de las afirmaciones que los acompañan. Lo cual indica su importancia y actualidad.

Aquí, voy a tratar de presentarlos juntos y en breve resumen. Con ello no pretendo afirmar que san Agustín introdujera algún rasgo nuevo que no descubriera en el evangelio. Tampoco, que en la actualidad no se estén viviendo o poniendo en práctica. Simplemente, quiero decir que éstos serían los rasgos más sobresalientes de una evangelización estilo agustiniano.

En pastoral, la experiencia de san Agustín puede ayudarnos mucho porque él fue ante todo un evangelizador, un pastor, un guía, un servidor. También porque, aunque en su tiempo no existiera la expresión "nueva evangelización", él trató de hacer una con la finalidad de renovar la sociedad en que vivió, una sociedad con más problemas y dificultades que la nuestra.

Siguiendo la línea de la vivencia más que la exposición de la doctrina, voy a fijarme en dos apartados. Uno, mirando a la persona de Agustín, y otro, a su actuación como evangelizador o pastor.

RASGOS DE SU PERSONALIDAD

Con frecuencia, hoy día, los libros y proyectos de pastoral se reducen casi exclusivamente a fijar objetivos y dictar normas, como si por "saber mucho" o "hacer mucho" cumpliéramos mejor el "oficio de la caridad", la obligación de evangelizar. La dificultad más grande está en las personas, no en las normas, y menos en la doctrina. Por eso, está más que justificado el hablar de actitudes personales, experiencia de Dios, interioridad, vivencia, testimonio, etc., porque es lo nuclear en la evangelización.

De una lectura de los Soliloquios, sus primeros escritos, y de las Confesiones, su autobiografía, descubrimos en Agustín una serie de cualidades y actitudes, envidiables en cualquier evangelizador. Por ejemplo:

- una gran sensibilidad (ante la forma de ser y de actuar de los demás)
- una gran capacidad para el diálogo y la convivencia
- una gran inquietud por superarse
- un deseo insaciable en la búsqueda de la verdad
- una gran habilidad para hacer amigos
- un carácter alegre y optimista
- una gran paciencia (virtud tan necesaria en el evangelizador), etc.

Y leyendo sus sermones, uno también descubre que Agustín era un hombre sencillo, que actuaba siempre con todo su corazón y que nunca se daba a medias. Su forma de ser y de actuar debía impresionar mucho a la gente. ¡El poder de la imagen y de las formas! Por eso el público le aplaudía y le quería con delirio, a pe-

sar de que, en ocasiones, no oían bien lo que decía (tenía una voz débil) y otras no le entendían.

Habría que destacar la invitación muchas veces repetida a "volver al interior", no salir fuera", "conocerse a sí mismo", etc. Son llamadas continuas a la interioridad, pues se daba cuenta de que las acciones sin la "atención al interior" se quedaban en puras actuaciones externas. Además, el conocimiento de nosotros mismos nos ayuda a conocer a los demás, a comprender mejor sus necesidades y aspiraciones, y también el mensaje que anunciamos. En este sentido, Agustín no olvidó nunca lo que había sido, ni lo que era cuando hablaba o actuaba.

Otra invitación que repite continuamente es con relación al testimonio. Agustín no quería cristianos sólo de nombre. Por eso comienza por vivir lo que predica o escribe después. Tampoco habla de memoria. Sus escritos están llenos de vida y de alusiones personales. Los hechos -escribe- hablan más que las palabras. Y de Dios, dice: "Doctor que enseña con los hechos más que con las palabras" (Sermón 99, 11). Y de Cristo: "de poco hubiera servido lo que mandó de palabra si él no hubiera cumplido primero con la obra" (Confesiones 10, 4, 6). Y en otro lugar: "El caminar en Cristo, debemos de aprenderlo, no tanto por sus palabras, como por su ejemplo" (Sermón 157, 2).

RASGOS DE SU ACCIÓN EVANGELIZADORA

Todos los escritos de San Agustín son fruto de su labor evangelizadora. Pero, en lo que se refiere a la doctrina, a los rasgos de su acción hay algunos que son una verdadera mina. Los enumero como ayuda para los que deseen profundizar en el tema:

La Catequesis a principiantes. Este libro es una auténtica joya. Tiene como objetivo: integrar el evangelio en la vida. Como centro del mensaje: Cristo. Y centro de la catequesis: el catequizando. Como columnas sobre las que debe apoyarse la catequesis (la evangelización): el amor, la alegría, la esperanza, la claridad y el testimonio. Método: historia de la salvación. Cualidades del catequista: la vivencia y la preparación.

La doctrina cristiana. El libro IV que trata de la predicación, es un verdadero tratado de oratoria. En él establece los tres fines del predicador: "enseñar para que el oyente entienda, deleitar para que atienda y, sobre todo, estimular para que practique". Todo va dirigido a la vivencia.

Cartas 54 y 55. Sobre la liturgia y el culto.

Sermones 46, 47, 137, 138, 296, 340A y 45-48 de los Tratados sobre el Evangelio de san Juan. En estos sermones se encuentra doctrina abundante sobre Cristo: pastor y oveja, amor a las ovejas, escuela de Cristo, presencia en los que envía, maestro de humildad y de paciencia, etc.

- La Iglesia: la "Amada", la "Esposa" de Cristo, que arde de amor por él; unión entre Cristo y la Iglesia, amar a la Iglesia, María y la Iglesia, etc.
- Pastoral (evangelización): testimonio, obrar con alegría, actuar más que hablar, administrar bien la palabra y los sacramentos, etc.



- Pastores: unión con Cristo y con la Iglesia: deber de anunciar el evangelio, orar por los fieles, corregirlos, buscar a Dios por Dios, conocer las ovejas, caminar delante de ellas (dar buen ejemplo), etc.
- Predicación: que el contenido sea el evangelio: preparación, perseverancia, etc.
- Los fieles: "somos Iglesia", las ovejas no son de Pedro, sino de Cristo; unión, participación, etc.
- Medios: oración, diálogo, buscar juntos, lenguaje sencillo, utilizar ejemplos, etc.

PARA EL DIÁLOGO

- **La Iglesia, hoy, cuenta con más agentes y medios de evangelización que nunca antes. ¿En qué estamos fallando? ¿Hay suficiente coordinación? ¿Faltan proyectos viables? ¿Ponemos el esfuerzo necesario? ¿Vivimos de verdad lo que anunciamos?**

DECÁLOGO DEL EVANGELIZADOR AGUSTINIANO

1. Alimentarse de la palabra de Dios. La Biblia debe ser la fuente principal; el libro del evangelizador. En ella encontrará abundantes modelos tanto de personas como de exposiciones del mensaje. La metodología a seguir: la historia de la salvación, etc.
2. Conocer la realidad. En primer lugar, al sujeto de la evangelización. Este conocimiento incluye las necesidades, aspiraciones, medios, etc. Para ello, el evangelizador necesita escuchar, dialogar, admitir la colaboración de los demás, etc.
3. Planificar las actuaciones. Proyectos hay muchos. Pero es conveniente que cada comunidad o grupo haga el suyo. Fijar unos objetivos, disponer de unos agentes, contar con unos medios, etc.
4. Evangelizar desde la comunidad. El centro de la fe es Dios-Trinidad. La fe cristiana se vive en comunidad. Nadie debe ir por lo libre.
5. Formar comunidades. Es uno de los objetivos principales. Las comunidades o grupos de Casiciaco y Tagaste pueden servir de ejemplo. En ellas sobresalen el diálogo, la participación, respeto, oración, trabajo, animación, etc.
6. Participar todos. Cada uno en supuesto; como lo hacen los componentes de un coro o una orquesta. Fomentar la participación y formación de los laicos.
7. Actuar por amor y con amor. Como decía el mismo san Agustín: predicar siempre el amor de Dios y practicar siempre el amor al prójimo. Unir predicación y testimonio. Acentuar la motivación más que la argumentación, etc.
8. Dar preferencia a los más necesitados. El centro es el evangelizando. Hay que respetar a todos. Y no rechazar a nadie.
9. Acentuar lo profético y lo escatológico. Lo primero quiere decir tratar de descubrir la voluntad de Dios, la vocación personal, el camino a seguir. Y acentuar lo escatológico, mirar hacia el futuro. La vida es algo más de lo que pueden ver nuestros ojos.
10. Reconocer las limitaciones y los errores. No sabemos responder a todas las preguntas ni podemos solucionar todos los problemas. Como seres humanos, cometemos errores. Pero al creyente, lejos de desanimarle, le invitan a intensificar la búsqueda, a consolidar la humildad y a pedir ayuda a Dios



SAN AGUSTÍN Y LA IGLESIA

Pedro Langa Aguilar, OSA

I SIGLO Y CONCILIO DE LA IGLESIA

SE ha dicho y escrito que el XX pasará a la historia como el siglo de la Iglesia. También del Vaticano II, concilio que fue de la Iglesia sobre la Iglesia. Tenemos acerca de esto probada constancia, desde los estudios del obispo evangélico Otto Dibelius, allá en el período de entre guerras, hasta el mencionado concilio y la actual eclesiología de comunión, pasando por el buen hacer en esta materia de Romano Guardini (castillo de Rothenfels), Henri De Lubac (Fourvière), Hans Urs Von Balthasar (Basilea) e Yves Congar (Saulchoir), amén de un nutrido grupo de eclesiólogos eminentes y de la inestimable ayuda prestada en este saludable proceso renovador y aperturista por el movimiento teológico que desde 1948 empezó a llamarse *Nouvelle théologie*.

Que los Padres de la Iglesia, liturgos ellos de cátedra y pastoral juntas, celosos pastores de almas, fidelísimos servidores del divino Verbo y maestros insignes en la fe, guarden relación con la eclesiología moderna es argumento trabajado de un tiempo a esta parte a base de monografías científicas y tesis doctorales muy puestas. Que ocurra eso de modo particular en san Agustín, la voz eclesial más potente y mejor timbrada del armonioso coro patrístico, es cuanto pretendo añadir en el reducido espacio de estas páginas. Agustín de Hipona y la Iglesia son, desde luego, argumentos de actualidad. Sobre los dos existen publicaciones de mucho respiro y ambos, asimismo, cuentan con desbordante bibliografía en estos albores trimilenarios, siendo la suya, en consecuencia, realidad a no preterir ni rebajar en cualquier estudio que se precie de riguroso.

El obispo de Hipona constituye una intensa biografía eclesial de 76 años: fue hombre de Iglesia en el sentido más genuino de la palabra, igual en cuanto laico que de monje y obispo. Diríase que su vida hubiera discurrido en, para y con la Iglesia. Antes y después de la conversión, en efecto, sintió lo eclesiológico de tal suerte que sería en adelante clave, diapason y pentagrama para interpretar su partitura de conversión y bautismal. Desde entonces hasta la feliz hora de las fundaciones, su espíritu va decantándose entre gozoso y esperanzado con la eficiente ayuda de la madre Iglesia por Casiciaco, Milán, y la región del Lazio, acogido al calor místico de las liturgias ambrosiana y romana (cf. Langa, P., "San Agustín y su 'conversión pascual' del año 387", Aa.Vv., Jornadas Agustiniianas, Valladolid 1988, pp. 89-116). La Iglesia, por su parte, irá también determinando sus pasos de catecúmeno, radiante neófito, joven monje, presbítero recién ordenado. Su vivir será siempre un suspiro eclesial, esto es, un vivir en ella, con ella, por ella y para ella, bien desde las

vicisitudes previas al presbiterado, ya en los avatares precedentes, inmediatos y subsiguientes a la consagración episcopal, bien, en fin, bajo el peso pastoral (sarcina episcopatus decía él) de su ministerio apostólico.

Ella en definitiva, la Iglesia, seguirá siendo hasta el fin de sus días paradigma, norte, pauta, referencia de fundaciones monacales primero, de actuaciones presbiterales después, de solicitudes episcopales siempre, ya al principio como auxiliar de Valerio, ya más tarde, a partir del 397, como titular sede plena de Hipona [cf. Langa, P., "La ordenación sacerdotal de san Agustín", *Revista Agustiniiana*, 33 (1992) 51-93; id.: "Valerio de Hipona", *Avgvstinvs*, 38 (1993), 303-327]. Su respiración y la de aquella Madre y Maestra, luz de sus ojos y aire de su alma, discurrieron isócronas, acompasadas, rítmicas, convergentes. Su ministerio de la palabra y del sacramento, lo mismo en Hipona que en Cartago, y por toda la provincia de África del Norte a la redonda, es el propio de un Padre y Doctor de la Iglesia sin apenas parangón (cf. Juan Pablo II: "Carta Apostólica *Augustinum Hipponensem*", esp. III. El Pastor).

Ningún testimonio de contemporáneos mejor para corroborarlo que el de san Posidio, su dulce y fiable Posidio, amigo del alma, confidente durante media vida y biógrafo de cuerpo entero, quien afirma: "Dejó a la Iglesia clero suficientísimo y monasterios llenos de religiosos y religiosas, con su debida organización, su biblioteca provista de sus libros y tratados y de otros santos; y en ellos se refleja la grandeza singular de este hombre dado por Dios a la Iglesia, y allí, los fieles lo encuentran inmortal y vivo" [VA 31 : Obras completas de san Agustín 1, BAC, Madrid 1969, p. 363]. Consuela mucho para nosotros hoy, por tanto, beneficiarnos de este estupendo regalo de Dios a la Iglesia con sólo acudir a sus escritos, sencillamente deliciosos y completos ya, por fortuna, en español.

Decir que san Agustín fue hombre de Iglesia no basta, claro que no. Es preciso añadir que lo fue como siervo, hijo, pastor y teólogo. Qué diré teólogo, el teólogo de la Iglesia según ha escrito alguien, o sea, el diligente servidor de la Palabra y fiel custodio de la fe y riguroso expositor de las verdades eclesiales a la luz de la teología. Un agudo análisis eclesiológico, recostado en la ternura, centró siempre su entero pensamiento, desde la doctrina cristológica a la pneumatológica, sin descuidar tampoco ni la monástica ni la de la Gracia, ya en disputas doctrinales, ya en exposiciones serenas y sin ímpetu polémico [cf. Langa, P., "La Iglesia en la vida religiosa agustiniiana", *Confer* 97 (1987), 79-105, 86-91; Congar, Y., "Eclesiología. Desde San Agustín hasta nuestros días", Schmaus, M. (y otros), *Historia de los Dogmas*, III, 3c- d, Madrid 1976, p. 2-10].

Siervo de Dios, dirá más de una vez de sí mismo aludiendo a la vida monástica. *Servus Christi - Servus Ecclesiae*, agregará otras para subrayar actitudes pas-



torales al servicio de la Católica. Siervo, en suma. Siempre siervo. Rendido a la finura de aquella Madre hasta en el oficio de amor (*amoris officium*) del ministerio, que él desempeñó en la plural condición de monje/pastor. Siervo de Dios y de la Iglesia, según felices expresiones tuyas de aquella hermosa vocación al *munus* de servicio. El encabezamiento de algunas cartas -"Agustín obispo, siervo de Cristo/siervo de Cristo y de los siervos de Cristo"- deja traslucir este preciso y precioso matiz. El mismo ejercicio pastoral no ha de ser otra cosa, en su opinión, que mantenida disponibilidad servicial. En modo tal "presidir es servir" que, puntualiza desde el acostumbrado malabarismo retórico, "presidimos si servimos": *praesumus, sed si prosumus* (Sermón 340 A,3; cf. Langa, P., "Llamado a presidir sirviendo", *Jornadas de Filosofía Agustiniana XI*, Caracas 1996, pp. 29-43).

PARA EL DIÁLOGO

* Matices y argumentos con que argüir para mejor probar el actual interés que los estudios sobre la Iglesia vienen suscitando desde el siglo xx y el Vaticano II.

* ¿Qué notas especiales concurren en san Agustín para poder afirmar que fue hombre de Iglesia? Resáltalas desde su condición de monje, presbítero y obispo.

* El beato Juan XXIII recuperó la bella definición siervo de los siervos de Dios. ¿Serías capaz de recomponer su contexto con las referidas de san Agustín?

II HIJO Y SIERVO A DE LA MADRE IGLESIA

LA célebre conversión del Tolle, lege ("Toma y lee") no fue, en realidad, un retorno a Cristo como suele repetirse hasta la saciedad, sino a la Iglesia católica, porque el dispersivo itinerario hacia el error había hecho del joven retórico de Tagaste no tanto un púnico anticristiano cuanto un nómada anticatólico, es decir, verdadero contestador de la Iglesia de su niñez, cuyo maternal influjo va a notarse hasta en la escena del jardín: Monica da gracias a Dios gozosa y llorosa y esperanzada por haberle devuelto el hijo de sus entrañas al regazo de la madre Iglesia católica y no haberlo dejado entre los fríos brazos de la mujer procaz llamada maniqueísmo, que lo tenía retenido en sus mallas sectarias, ni abandonado a su suerte allá entre los zarzales y breñales arrianos, o quién sabe si flotando en la espesa nebulosa del paganismo, o hundido tal vez en la ciénaga materialista, o en el confuso tirón excéptico, ni tampoco, en fin, presa de las fanáticas manías de los obispos del Cisma. No. Había vuelto al calor de la Católica.

Durante la sugestiva ceremonia de aquella Vigilia madre de todas las vigiliadas, celebrada la noche del 24 al 25 de abril del año 387, cuando el sacramento del agua que san Ambrosio le administra regenera su alma de aguerrido contestador, siente de pronto que renace dentro de sí la ternura, nota que resucita por dentro como el hijo de la viuda de Naín, y que la luz del Cristo pascual ilumina su corazón. Siente, además, que la Iglesia católica, tiempo atrás combatida y ultrajada, le deja en el alma limpia la dulce caricia de un beso. Ya Obispo de Hipona, seguirá recordándolo en un desahogo memorable con Dios: "Cuánto lloré con tus

himnos y tus cánticos, fuertemente conmovido con las voces de tu Iglesia, que dulcemente cantaba!" (Confesiones 9, 6, 14). Fueron las tuyas, entonces, lágrimas de contestador arrepentido, de futuro Padre de la Iglesia enamorado, de Doctor de la Gracia comprometido; llanto y suspiros, mezcla de aleluyas y cánticos pascales, los típicos de una juventud renacida.

Y esa Iglesia que en aquella noche santa le sonríe y acoge y mece en su regazo maternal, no tardará en llamar delicadamente a las puertas de su generoso corazón ahora neófito. Lo hará por boca del anciano Valerio, necesitado de un presbítero que exponga en latín la Palabra al pueblo de Dios que peregrina en Hipona. Sonará entonces la hora del ministerio: monje presbítero primero, y obispo auxiliar y en sede plena después; pastor de almas en uno y otro caso. Ya antes había modelado él sus fundaciones monásticas por los pagos africanos, a ejemplo de la *koinonía* eclesial de la primera Comunidad de Jerusalén, disponiendo en la Regla vivir todos los miembros bajo un mismo techo, unánimes y concordados, a base de tener "una alma sola y un solo corazón orientados hacia Dios" (Regla 1, 3. 9). Pero cuando todo parecía encarrilado, contento de ser el último en la casa del Señor, llegó suplicante la Iglesia necesitada.

Lágrimas le cuesta aceptar el presbiterado, sí, pero la solicitud de una Iglesia menesterosa se le hace irresistible y compulsiva. Él mismo no se recatará en escribir a san Paulino de Nola: "He temido mucho el excusarme, porque estimo que ésa es la voluntad de Dios, por la gran caridad y solicitud por el pueblo que Valerio tiene" (Carta 31, 4). Es de suponer que, algún tiempo después, este momento biográfico flotara en su espíritu al recordarle al abad de Cabrera, Eudasio, que la misericordia exige que los pobres sean evangelizados y la copiosa mies del Señor no se pierda por falta de segadores. La exhortación en todo caso es clara y sin paliativos: "No antepongáis vuestro ocio a las necesidades de la Iglesia, pues si no hubiese buenos ministros que se determinasen a asistirle, cuando ella da a luz, no hubiésemos encontrado medio de nacer" (Carta 48, 8). Vino también a cumplirse entonces lo que san Posidio escribiría más tarde: "Comunicaba a ¡os demás lo que del cielo recibía con su estudio y oración, enseñando a presentes y ausentes con su palabra y escritos" (Vida 3). Porque comunicaba, aceptó. Y porque aceptó, comunicaba, es decir, seguía comunicando. Y en ambos casos, a causa de permanente estudio y oración.

Cuando sea ya obispo de altos vuelos, habrá de ilustrar con ricas imágenes el misterio de la Iglesia madre. Serán famosas las destinadas a expresar la estrechísima unión -sólo inferior a la hipostática- entre la Iglesia madre y maestra universal y su Esposo. La fórmula *Ecclesia Mater*, que viene como préstamo de una patristica anterior, llena de contenido y presta cabal sentido a la eclesiología agustiniana, sin cuyo concepto, por cierto, quedaría manca. Ninguna idea le conmueve tanto. A sus escritos llegan la madurez y la perfección, el profundo análisis teológico-dogmático y la oportuna vertiente pastoral; en una palabra, la exacta dimensión.



El argumento reviste particular relieve durante la disputa donatista, trabajado desde una perspectiva histórica, geográfica y visible. Suyo es el mérito de haber definido las relaciones mutuas entre las cuatro realidades esenciales de la salvación: la fe, la Iglesia, los sacramentos y la caridad, consiguiendo una síntesis, pauta de la teología posterior. Es, como digo, en el epicentro católico- donatista donde analiza de cerca este misterio: en cuanto Iglesia madre de la verdad, madre espiritual, madre solícita, madre de la caridad, es decir, del amor a los hijos congregados en la unidad de una sola familia, madre vigilante, atenta, dolorida, siempre acogedora. Madre única. Fecunda gracias a Cristo y por el Espíritu, pues "la predicación evangélica y la administración de los sacramentos están en el centro mismo de la actividad maternal de la Iglesia, puesto que los hombres nacen a la vida de la gracia, recibiendo, en una comunidad de vida, estos beneficios" (Réplica a las cartas de Petiliano 3,56, 68).

Por la fe indefectible, íntegra que la Iglesia conserva en Cristo, sigue ésta siendo virgen. Por su insoluble unión con el Esposo, esposa. Y, fecundada por la donación de sí misma en la unidad, madre. Conocida es la expresión de san Cipriano *Ecclesia Mater-Deus Pater*. San Agustín la enriqueció luego con numerosos textos. Sirvan de ejemplo dos: "Nadie puede tener propicio a Dios Padre si desprecia a la Iglesia madre" (Sermón 255 A). "Amemos al Señor nuestro Dios; amemos a su Iglesia; a él como a Padre, a ella como madre [...] Este matrimonio se halla unido por un gran amor; nadie que ofenda a uno de ellos puede merecer al otro" (Comentarios a los Salmos 88; Sermón 2, 14).

La sugestiva eclesiología del Vaticano II brilla con luces hiponenses, la de *Ecclesia Mater* entre ellas. Tiene esta conciencia de ser pueblo reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, pero también de la tensión hasta convertirse en madre celeste. Lejos de rechazar a los pecadores, los busca con materno amor para purificarlos. La originalidad agustiniana estriba en haber sabido, bebiendo a sorbos en la tradición, contrastar aquí sus puntos de vista con la situación histórica de entonces. A consecuencia de ello, la tradición eclesial resultó notablemente enriquecida.

Con *Ecclesia Mater* discurre correlativo Agustín hijo (*filius sum Ecclesiae*), de uso ya menos corriente. La Iglesia se dirige a los donatistas como a hijos malos, perdidos, desertores de la madre. Ella, sin embargo, espera recobrarlos luchando contra el Cisma herético un poco a la manera de David con su hijo Absalón, aunque con esta diferencia: que los donatistas que se pierden no perecen como Absalón por un accidente bélico, sino por su propia contumacia. Buen inciso para mejor conocer una actuación agustiniana, malinterpretada no pocas veces por no incluir estos detalles de la Sagrada Escritura. He aquí una muestra: "¿No voy a perseguir -se pregunta- a quien blasfema de la Iglesia? Sí -responde- lo perseguiré abiertamente, porque soy miembro de la Iglesia; lo perseguiré abiertamente, porque soy hijo de la Iglesia (*quia filius sum Ecclesiae*). Me sirvo de la voz de la misma Iglesia, que dice por mí en el salmo: Perseguiré a mis enemigos y les daré alcance, y no cesaré hasta que desfallezcan (Sal 17, 38). Desfallezcan en su mal, progresen hacia el bien"

(A los fieles de la Iglesia de Cesarea, 8; cf. Palmero, R., "Ecclesia Mater", en San Agustín, Madrid 1970; Langa, P., n.c. 58, "Ecclesia Mater", "filius sum Ecclesiae", Obras completas de san Agustín, 33, pp. 681-684).

"Mirad a aquellos de quien sois miembros; poned los ojos en aquella de quien sois hijos" recuerda para enjorajar luego a la madre con las mejores galas: "Merece ser descrita, alabada, recomendada, amada como madre por todos nosotros, pues es esposa de un solo marido [...] Es eminente, célebre, gloriosa, ataviada, brillante; para decirlo brevemente, extendida por toda la tierra" (Sermón 37, 2). Maternidad y filiación, pues, interrelacionadas. Da él por supuesta en la fraternidad la filiación, consecuencia de haber nacido de la misma madre: "A vosotros, pues, hermanos; a vosotros, hijos; a vosotros, retoños nuevos de la madre Iglesia, os ruego, en nombre de lo que habéis recibido [el bautismo, pues predica a los neófitos], que pongáis vuestros ojos en quien os llamó, en quien os amó, en quien os buscó cuando estabais perdidos, os iluminó una vez encontrados, para no seguir el sendero de los que se pierden, en quienes desentona el nombre de fieles. No se les preguntará por el nombre que llevan, sino por la concordancia entre vida y nombre" (Sermón 228, 2). Concibe y alumbró la madre Iglesia, y exhorta a morir por Aquél de quien los concibe y alumbró (cf. Sermón 301, 1). Es la Iglesia, pues, madre de incesante fecundidad.

Tampoco la dimensión diaconal de la Iglesia escapa a su perspicacia. Rendido a su amor de sierva y él mismo siervo entre los siervos de Dios (monjes), cuando llegue el ministerio vencerá su inicial reticencia, considerándose así: "Mas, como dije, el siervo no debe contradecir a su Señor" (Sermón 355, 2). Y el Señor, en efecto, dispone que sea siervo también de la Iglesia, compaginando la vocación de monje con la de presbítero: ambas de servicio. Al servicio, pues, del *otium sanctum* (vida monástica) viene a sumarse el del *negotium iustum* (vida apostólica) de la *sarcina* pastoral. "Si nadie nos impone esta carga (*sarcina*) debemos aplicarnos al estudio y al conocimiento de la verdad. Y si se nos impone debemos aceptarla por la urgencia de la caridad" (La ciudad de Dios 19, 19). He aquí una clave decisiva de su ministerio.

PARA EL DIÁLOGO

¿Podrías precisar la incidencia eclesial que tuvieron en san Agustín los sacramentos de la iniciación cristiana y la posible repercusión de sus vivencias hoy?

* Destaca los principales conceptos de análisis y el papel eclesial de un teólogo presentando la Iglesia al mundo del siglo XXI con el estilo de san Agustín.

* ¿Qué alcance eclesiológico puede tener el sentimiento agustiniano de filiación y de servicio dentro de la Iglesia para este mundo del nuevo milenio?

III TEÓLOGO Y PASTOR DE LA IGLESIA

TEÓLOGO de la Iglesia, en efecto, lo fue, y perspectivas con que probarlo no faltan en sus escritos y en su vida. Se revela teólogo, por ejemplo, exponiendo la



maternidad eclesial -maternidad y filiación son términos correlativos en su doctrina-, también la catolicidad y unidad eclesiales, facetas una y otra, por cierto, muy bien desarrolladas frente al Cisma, de las que existen vestigios perceptibles en el Vaticano II; y, en fin, teólogo del ministerio dentro y fuera de la Iglesia, sobre todo gracias a conceptos y expresiones como *in domo/ex domo*, los falsos hermanos, los malos hijos de la Iglesia y el delicado amor filial que él, celoso pastor de almas, siempre nutrió por la Iglesia.

Otra prueba de su teología es la catolicidad de la Iglesia, muy socorrida y detectable por los vestigios de la vera Ecclesia, la eclesiología de integridad, malinterpretada por los del Partido, y la de universalidad, predilecta suya frente a éstos. Reclama la catolicidad ser acompañada de unidad: "La Iglesia es solamente una, por nuestros antepasados llamada Católica para demostrar por el solo nombre que está en todas partes". Será su pensamiento constante. También premisa de la que partir y, a la vez, conclusión a la que llegar. ¿De qué serviría si no ser universal de espaldas a la unidad? Una catolicidad sin unidad va camino del caos. Lo prueba el donatismo. Sus cismáticos ofrecieron al principio la peregrina tesis de una integridad excluyente, hasta que se impuso su carácter inviable. Bajo pretexto de salvaguardar la unidad en aras de la integridad -sólo la Iglesia íntegra, sin mancha ni arruga, puede llamarse Iglesia de Cristo, argüían ellos-, terminaban reclusos en África, cargándose la catolicidad. De ahí luego la comunidad montense fundada en Roma, aunque aquello no pasó de ser un leve maquillaje.

Brilló el argumento de la catolicidad en la célebre Conferencia Ecueménica de Cartago del año 411, convocada por el emperador Honorio, presidida por el conde Marcelino, celebrada por ambos episcopados con el fin de encontrar la vía de solución al contencioso católico-donatista. Lo debatido allí fue, en el fondo, cuestión eclesiológica. En tan magna cumbre intereclesial confluyen dos modos de entender la Iglesia. El católico, cuyo enfoque será el propio de una Iglesia de los Padres, flexible de medio a medio y abierta, plural, enriquecida con elementos escriturísticos, históricos, dialécticos y tradicionales. Y el donatista, anclado en la Iglesia de los mártires, inflexible de todo punto y cerrada, integrista y rigorista a ultranza, es decir, opuesta a cualquier atisbo de novedosa iniciativa.

Ambos planteamientos dimanaban de la misma eclesiología africana, basada en san Cipriano, sinodal por ambos lados. Aunque común, el esquema eclesiológico de tales grupos registra luego una interpretación pragmática de la realidad completamente diversa en desarrollo y, de especial manera, en las consecuencias: porque es en los sacramentos donde más se deja sentir el desacuerdo, propio de conceptos distintos de Iglesia. San Cipriano, maestro de católicos y donatistas, no lo es en los mismos términos. Para los católicos lo será por su manera de concebir la unidad eclesial; no, desde luego, del bautismo, pues llega al rebautismo de herejes. Para los donatistas, en cambio, también respetable autoridad, lo será no en el modo de plantear la unidad de la Iglesia, cuyos postulados les son desfavorables, sino en las tesis bautismales, y

concretamente la del rebautismo, cuya problemática san Agustín analiza en el Tratado sobre el bautismo.

Las tesis eclesiológicas donatistas se encadenaban así: El donatismo es la verdadera Iglesia; la de los mártires; la santa y pura. El verdadero sujeto de la acción sacramental es, pues, la Iglesia; su validez está condicionada a la santidad del ministro; con lo cual, el bautismo administrado por cismáticos o herejes es inválido, y, en consecuencia, quienes así estén bautizados deberán ser rebautizados (tesis del rebautismo). Los católicos, en cambio, propugnaban que: La Iglesia de Cristo es una y única; santa y pura; católica y apostólica. Y en cuanto a los sacramentos: Su valor objetivo dimana de Cristo, no de la Iglesia; su eficacia, independiente del ministro; y su plena eficacia sacramental, sólo en la unidad católica. Esquema preferentemente subjetivo, en suma, el donatista. Más bien objetivo, al menos en la praxis sacramental, el católico. Porque unos y otros respondían a una eclesiología africana, enfrentada tiempo atrás a las tesis romanas del Papa Esteban I.

En Cartago-411 salen más o menos a relucir estos principios. Los de Donato pretendían a toda costa identificar la causa de los católicos con la de Ceciliano. Y san Agustín, que advirtió al vuelo la trampa, hubo de replicar distinguiendo entre causa de la Iglesia (de Cristo, de la Iglesia en sí, santa y pura) y causa de Ceciliano (es decir, del hombre, cualquiera que éste sea) [cf. Langa, P., n.c. 57. "El objetivo de los católicos en la Conferencia de Cartago del 411", en Obras completas de san Agustín, 32, 1988, pp. 923 y s.; n.c. 65. Causa de la Iglesia y causa de Ceciliano, pp. 932 y s.]. Obviamente, la Católica no era la Iglesia de Ceciliano, sino la Iglesia de Cristo difundida por todo el mundo (toto orbe diffusa), es decir, católica. Los del Cisma, empeñados en radicalizar la interpretación de la Iglesia santa y pura, tenían que saber de la diferencia agustiniana entre Iglesia de ahora (*Ecclesia quae nunc est*) e Iglesia del futuro (*Ecclesia qualis futura est*) (cf. Borgomeo, P.: *L'Église de ce temps dans la prédication de saint Augustin*, París 1972, pp. 32-34; Langa, P.: "Introducción", en Obras completas de san Agustín, 32, 1988, pp. 72-86).

La eclesiología católico-donatista de Cartago-411 parte, pues, de un mismo presupuesto: el principio paulino, que ya san Cipriano había también compartido: un Dios -una Iglesia — un Bautismo (Efésios 4, 5). No cabía, siendo así, salvación sin bautismo. Ni bautismo sin Iglesia. Ni Iglesia sin Espíritu. De modo que bien en Roma, bien en África, bien en la Iglesia universal a la postre, la compartida tesis paulina consistía en relacionar a la vez Espíritu Santo- Iglesia, remisión de los pecados por el bautismo-salvación. Pero compartir premisas, claro es, no quiere decir sin más hacer otro tanto en conclusiones. Si se perciben matices diferenciales y diferenciadores ya entre Tertuliano y Cipriano, mucho más entre católicos y donatistas.

Pretenden demostrar unos y otros con la Sagrada Escritura que admiten y utilizan en sus escritos y en su culto, sobre todo mediante la llamada Biblia de san Cipriano, es decir, la que el santo mártir de Cartago había usado en su tiempo, no ya la autoridad de la



Iglesia, sobre la que unos y otros están de acuerdo, evidentemente, sino las dotes de su autenticidad, visibilidad y catolicidad. Mas como lo que importa es el modo de interpretar, de ahí el decisivo papel de la exégesis (en la que no hay figuras donatistas descolantes, a excepción de Ticonio, ausente de Cartago-411). Habrá que echar mano de la Tradición. Y a menudo, en este contencioso intereclesial de los archivos, o sea de la Historia. Y en no pocas ocasiones, inclusive de la Dialéctica. Comprobar el intercambio de agudeza dialéctica entre sus dos máximos exponentes en este contencioso, y muy concretamente durante la Conferencia de Cartago-411, como fueron el obispo Petiliano, de parte del Cisma, y su adversario el obispo de Hipona, por parte de la Católica, es una verdadera delicia intelectual y, para el estudioso de la Teología patristica, una experiencia de veras apasionante.

Pero además de teólogo de la Iglesia, san Agustín de Hipona fue ante todo Pastor de la Iglesia. Corren por ahí títulos genuinamente eclesiales, como el de Pastor de almas, que bien está y mejor sabe. ¿Quién no recuerda la obra ya clásica de F. Van der Meer? Lo cierto, sin embargo, es que Pastor de la Iglesia es el que a san Agustín corresponde de lleno, dada su condición de Padre y Doctor el más grande, sin duda, de la Iglesia latina, y en él, por tanto, queda, diríase, como compendio toda la extraordinaria riqueza ministerial de uno de los genios más grandes del cristianismo. Presupone los anteriores, sobre los que ya se dijo algo arriba, y en los que, si bien se repara, no está necesariamente implicado éste. Porque se puede ser todo lo que los precedentes títulos significan sin, por ello, ser pastor de la Iglesia. Pero lo que de ningún modo cabe, al menos en san Agustín, es ser pastor de la Iglesia, obispo de la Iglesia sin ser o sentirse al mismo tiempo hombre, hijo, siervo de la Iglesia.

Y fue un pastor de Iglesia, además, activo y contemplativo, facetas ambas que supo encarnar dichosamente, y armonizar, y vivir. Extraordinario genio a la postre, llevó hasta las más airoas cumbres de la espiritualidad mística su vocación de teólogo en la pastoral y de pastor en la teología, mas sin crispación, sin aspavientos, sin sobresaltos, con suavidad, con armonía, con apasionado amor a la Iglesia, eso sí. San Posidio lo califica de "principal miembro del Cuerpo del Señor, siempre solícito y vigilante por el bien de la Iglesia universal" (Vida 18). Sólo así se explica que al morir dejase su Iglesia repleta de clero, de monjes y de sabiduría hablada y escrita como incondicional servicio a la comunidad cristiana desde la explanación de las Sagradas Escrituras. Por eso los autores de todas las razas y pueblos no dudan hoy en considerarlo acabado modelo de obispos y predicadores, ornamento y decoro de la santa Iglesia.

Sus actividades episcopales, digamos, ordinarias -el episcopado fue para él más una carga que un cargo- comprendían el ministerio de la palabra (predicó sin interrupción dos veces por semana, sábado y domingo; a menudo, varios días seguidos; y aun dos veces al día); la audiencia del obispo (audientia episcopalis), en la que atendía a todos y entendía de las causas más dispares, y que a veces le ocupaba la jornada entera; el cuidado de los pobres y huérfanos, la formación del

clero, con el que se mostró, a la vez, paternal y severo; la organización de los monasterios masculinos y femeninos; la visita a los enfermos, la intervención a favor de los fieles ante la autoridad civil (apud saeculi potestates); la administración de los bienes eclesiásticos.

En cuanto a las extraordinarias, fueron, si cabe, más intensas y lógicamente de mayor magnitud que las ordinarias: numerosos y largos viajes para tomar parte en frecuentes concilios -no se olvide el carácter eminentemente sinodal de la Iglesia africana-; o para atender las peticiones de sus colegas; el dictado de cartas y más cartas en respuesta a las numerosas demandas que a diario le llegaban de las más diversas clases sociales y desde los más apartados rincones del orbe entonces conocido; la ilustración y defensa de la fe, que le llevó a intervenir sin tregua contra maniqueos, donatistas, pelagianos, arrianos y paganos. Como orador -él había entrado en la jerarquía de la Iglesia para ser ministro, es decir, dispensador de la Palabra y del Sacramento- supo combinar la hondura y precisión dogmática del doctor, la elevación lírica del poeta, la inefable finura del místico y la proverbial sencillez evangélica del pastor que se hace todo para todos. Fue pastor, en fin, en el pleno sentido evangélico de la palabra. El sermón 46 sobre los pastores puede suministrar muchos datos autobiográficos.

Se dice y vuelve a decir eso de con vosotros, cristiano y para vosotros, obispo sin calibrar el alcance. En realidad es idea sobre la que insiste en varios sermones: 46, 2; 47, 2; 176 A; 301 A, 8. No era, pues, inquieta mariposa voladora que pasaba por allí. La tenía bien arraigada. Veámosla rica de matices en el primero de los sermones citados, todo él certera glosa de Ezequiel 34, 1-16: "Nosotros, pues -dice de sí mismo-, a quienes el Señor nos puso, porque así él lo quiso, no por nuestros méritos, en este puesto del que hemos de dar cuenta estrechísima, tenemos que distinguir dos cosas: que somos cristianos y que somos superiores vuestros. El ser cristianos es en beneficio nuestro; el ser superiores es en el vuestro. En el hecho de ser cristianos, la atención ha de recaer en nuestra propia utilidad; en el hecho de ser superiores, no se ha de pensar sino en la vuestra. Son muchos los que, siendo cristianos, sin ser superiores, llegan hasta Dios, quizá caminando por un camino más fácil y de forma más rápida, en cuanto que llevan una carga menor. Nosotros, por el contrario, dejando de lado el hecho de ser cristianos, y según ello, hemos de dar cuenta a Dios de nuestra vida; somos también superiores, y según esto debemos dar cuenta a Dios de nuestro servicio. Si os digo esto es para que, compadeciéndoos de nosotros, oréis por nosotros" (Sermón 46, 2).

¡Qué delicia de pensamiento el de Agustín de Hipona comentando la estrecha relación de fieles y pastores! Se advierte la gracia, se nota el acento, se siente la vida, se intuye al Señor de por medio. Se marca también límite a competencias y deberes: "Quienesquiera que seamos los obreros que el Señor puso en su campo, a nosotros corresponde exponeros estas cosas: sembrar, regar, cavar alrededor de algunos árboles y echarles algún cesto de abono. Toca a nosotros hacerlo con fidelidad y a vosotros recibirlo con la misma fidelidad; al Señor toca ayudarnos a nosotros a trabajar



y a vosotros a crecer, a todos a pelear y a vencer con él al mundo [...] Mas yo pienso que es mucho mejor que en recíproca y mutua caridad nos pertenezcamos todos" (Sermón 101, 4). ¡Qué diversas estampas ministeriales ésta de san Agustín y la que algunas veces observa uno en la Iglesia de nuestros días, cuando desdichadamente distancia, interpuesto, un denso vacío entre obispo y fieles!

Precisamente con la Iglesia de fondo bajo la bella metáfora familiar -la Iglesia, se ha dicho, es la gran familia de Dios- así prosigue Agustín de Hipona trabajando la estrecha relación entre obispo y fieles: "Ciertamente, pertenecéis a una familia y nosotros somos los administradores de esa misma familia; todos pertenecemos a un único Señor. Lo que doy no lo doy de mi propia cosecha, sino de la despensa de Aquél de quien también yo recibo" (Sermón 101, 4). A fin de no confundir ni confundirse sobre el puesto del obispo en la Iglesia de Dios, y el peso de su ministerio, Agustín será más explícito aún predicando en Hipona: "De donde saco para alimentarlos a vosotros, de allí saco para alimentarme yo; soy un siervo, no un padre de familia. Os sirvo de lo mismo de lo que yo vivo: del tesoro del Señor, del banquete de aquel padre de familia que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros para que nos enriqueciésemos con su pobreza (2 Corintios 8, 9). Si os sirviera pan, habría que partirlo; cada uno tomaríais un pedazo, y, por mucho que sirviese, no llegaría más que una mínima porción a cada uno. En cambio, lo que digo lo tienen todos y cada uno en particular" (Sermón 339, 4).

Es, pues, la idea del pastor de la Iglesia y en la Iglesia, administrador y no dueño (el amo es Cristo), obligado a dar de lo que recibe: el pan de la Eucaristía una vez, o el multiplicado y recién horneado de la palabra, como aquí, que llega generosa, y total y plenamente, a cada uno sin dividirse en sílabas para que toque a más o a menos, como podría suceder con el pan material. Subyace aquí también la bella imagen del Cirio pascual, que expande su luz a todos sin gastarse, y que a todos llega plena y compartida. Canta solo su exhorto: Expóngase la palabra de Dios por el pastor, de modo que "quien te escucha, escuchando crea, creyendo espere, esperando ame" (La doctrina cristiana 4, 8). Basta con acercarse a los decretos *Christus Dominus*, sobre el oficio pastoral de los obispos, y *Presbyterorum ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, del concilio Vaticano II, para intuir presente en ellos la señera figura de Agustín de Hipona

IV ECLESIOLOGÍA DE COMUNIÓN

EN el servicio incansable del hiponense a la unidad eclesial cabe destacar, entre otras aportaciones de relieve a mayor mérito y justicia, la de comunión, muy empleada en la teología de esta aurora trimilenaria. Heredada en cierto modo de la patrística, sobremanera de san Cipriano de Cartago, la afronta san Agustín acudiendo, como quien busca el manantial, a lo que de ella dice el Nuevo Testamento, donde las dos relaciones constitutivas de la esencia de la Iglesia (comunión del creyente con Dios y comunión de los creyentes entre sí) se designan con una sola y misma palabra: *koinonia*. De tal suerte es ello así, que lo mismo la

dimensión vertical que la horizontal de la Iglesia, lejos de verse como contrapuestas o simplemente en un paralelo discurrir, aparecen complementarias.

El lenguaje y teología patrísticos permanecen fieles, in extenso, a este empleo del término en la Escritura Sagrada. La noción irá diversificándose y tomando un lenguaje más técnico, según progresen los estudios teológicos, pero la bilateral interdependencia de su contenido jamás decrece. Es cuanto permiten concluir la "comunión de los santos", esto es, comunión a la vez "en las cosas santas", o sea la Eucaristía, y "de los santos", o sea de los creyentes. Asimismo inconfundibles expresiones suyas como *societas sanctorum* (o *congregatio sanctorum*) y *communio sacramentorum*. La palabra *koinonia*, en latín *communio* (más a menudo en san Cipriano *communicatio*), también a veces *pax*, *concordia*, *societas*, *unitas*, designa la comunión entre Iglesias, y conserva siempre un lazo interior con la Eucaristía. Pero igual sucede a la inversa, esto es: que su empleo eucarístico remite de modo invariable a la comunión intereclesial. De este supuesto cumple partir al estudiar los principales aspectos de *koinonia* en la Iglesia antigua. Y en la *communicatio in sacris* u hospitalidad eucarística del moderno ecumenismo.

Entre todos los Padres de la Iglesia, es san Agustín, quizás, el que expresó de manera más explícita y radical, también aguda y profunda y sutil, este lazo de amor entre Eucaristía (cima de la iniciación cristiana) e Iglesia. Desdichadamente algunas afirmaciones suyas de indiscutible acento ecuménico resultan hoy, pese a ello, lastimosamente "ignoradas de la mayor parte de los teólogos ortodoxos, y olvidadas a menudo del Occidente protestante" (Tillard, J. M. R.: *Chair de l'Église, chair du Christ. Aux sources de l'ecclésiologie de communion*, París 1992, p. 53; cf. también su *Église d'Églises. L'ecclésiologie de communion*, París 1987). El P. Tillard, recientemente desaparecido, se hizo consumado especialista de esta eclesiología, de tanta trascendencia para el ecumenismo de esta hora del nuevo milenio, y, lejos de perderse por las ramas, supo cavar en su tierra hasta dar con las hondas raíces patrísticas y, sobremanera diría yo, con el estilo genuinamente agustiniano de las mismas.

La Iglesia, por eso, no es la suma de los bautizados, ni mera reunión asamblearia desprovista de alma, sino su vida de comunión en el indivisible Espíritu de Cristo, que nos adentra hasta Dios y nos sumerge en Dios. Ese requisito de pertenencia total a la Iglesia que llamamos comunión fue tema nuclear en la disputa con los donatistas. Nada extraño, por lo demás, si se piensa que su mayor aspiración monástica fue, como al principio indico, hacer de sus comunidades verdaderas eclesiolas -o pequeñas Iglesias- en las que vivir el espíritu de la Comunidad apostólica de Jerusalén a tope, con amor de plenitud, es decir, en comunión.

En la doctrina agustiniana diríase que dicho concepto alcanza el ápice de su expresividad en los sectores monástico y antidonatista. "El verdadero sacrificio es toda obra hecha para unirnos a Dios en santa alianza" (La ciudad de Dios 10, 6). Sus famosas palabras al principio de la Regla ilustran de maravilla la faceta eclesial de la vida monástica: "Vivid en la casa unáni-



mes y tened una sola alma y un solo corazón (Hechos 4,32 y 35) orientados hacia Dios [...], todos en unión de alma y corazón" (Regla 1, 3).

Ello no significa, ni mucho menos, que fuera de tales ámbitos sea imposible hallar otras referencias. La comunión es hoy, por fortuna, voz de la eclesiología moderna. "Unido por el triple lazo de la fe, de la vida sacramental y del misterio jerárquico, todo el Pueblo de Dios realiza lo que la tradición de la fe desde el Nuevo Testamento (cf. Hechos 2, 42) ha llamado siempre la *koinonía* (= comunión) [...], concepto clave que ha inspirado la eclesiología del Concilio Vaticano II y la enseñanza del Magisterio reciente le ha dado una gran importancia" (Directorio sobre el Ecumenismo, Madrid 1993, p. 13).

El Sínodo de 1985 fue concluyente: "La eclesiología de comunión es la idea central y fundamental de los documentos conciliares" (*Relatio finalis*). "Experta en humanidad", dijo Pablo VI un día; "solidaria del género humano y de su historia", repuso en otro el Concilio (*Gaudium et spes*; Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual 1); la Iglesia, había dicho muchos siglos antes san Agustín, y los conciliares del Vaticano II decidieron hacer propia la frase, "va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios" (*La ciudad de Dios* 18, 52, 2; cf. *Lumen gentium* 8) convencida de que, por su caridad, "con nadie es enemiga y con todos es madre" (*La Catequesis a principiantes* 15, 23). Madre y Maestra, lo fue de modo total, pleno, remecido en este Padre y Doctor de la Iglesia el más grande, hijo y siervo suyo siempre fidelísimo, teólogo y pastor asimismo suyo en plena conjunción, pensador eminente y lumbrera reconocida entre las grandes religiones y, en fin, uno de los más grandes genios de la Humanidad.

PARA EL DIÁLOGO

* ¿Qué protagonismo podría tener y hasta dónde debería llegar, a la luz de san Agustín, un teólogo de nuestros días con sus reflexiones sobre la Iglesia?

¿Serías capaz de señalar coincidencias, o divergencias si procede, entre la imagen de teólogo y pastor de la Iglesia que san Agustín dio y la que hoy se lleva?

* ¿Qué alcance tiene para nuestros días la doctrina agustiniana de la Iglesia desde las eclesiologías de servicio y de comunión?